



LOS CREPUSCULOS DEL JARDÍN

Imprenta de Coni Hermanos, Perú 684

LEOPOLDO LUGONES

LOS

CREPÚSCULOS DEL JARDÍN

(POESÍAS)

—

BUENOS AIRES

ARNOLDO MOEN Y HERMANO, EDITORES

323 — CALLE FLORIDA — 323

1905

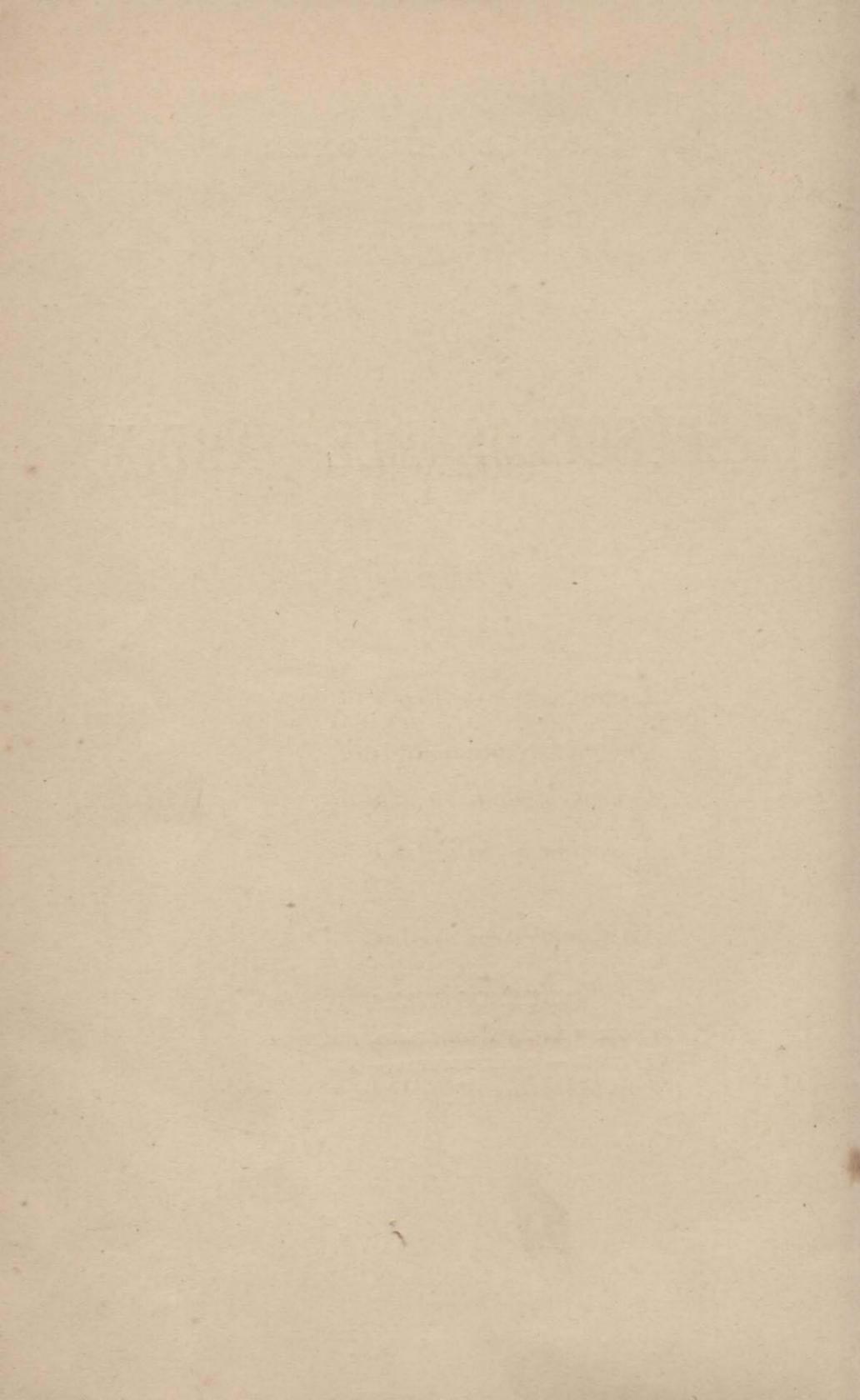
BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

DONACIÓN
ALFREDO COLMO

no. Exp. 16348-B/62

1104171

(637)



PREFACIO

*Lector, este ramillete
Que mi candor te destina,
Con permiso de tu usina
Y perdón de tu bufete;*

*No significa en ninguna
Forma, un anárquico juego,
Ó un desordenado apego
Por las cosas de la luna.*

Pasatiempo singular

*Tal vez, aunque harto inocente,
Como escupir desde un puente
Ó hacerse crucificar ;*

Epopeya baladí

*Que, por lógico resorte,
Quizá sirva á tu consorte
Para su five o'clock tea...*

Perdóname las cadenas

*De amor, que me llagan vivo ;
Nadie disputa al cautivo
La libertad de sus penas.*

Mi flaqueza vencedora

*Lleva consigo el desquite,
Si al mismo mar se le admite
El sonrojo de la aurora.*

*Mas yo sudé mi sudor
En mi parte de labranza,
Y el verde de mi esperanza
Es primicia de labor.*

*Obrero cuya tarea
Va sin grimas ni resabios,
Mientras á flor de sus labios
Un aria vagabundea...*

CISNES NEGROS

Á Mariano de Vedia.

La tarde en muelle lasitud declina
Ligeramente enferma, y el ambiente
Está suave como una muselina
Habitual, cuyo roce no se siente.

Abrúmase el estanque ; entre los juncos
Una vieja piragua se desfonda,
Quizá arrastrando los recuerdos truncos
De algún drama de amor sobre la onda...

Para que el kiosco en su cristal se marque
Con la trivial fidelidad de un calco,
Reposa el agua ; el nemoroso parque
Tiene una majestad de catafalco.

Hay una estatua entre la fronda oscura ;
Abstracto albor su desnudez aviva,
¡Y cómo impone al bosque la medida
De su castidad grave y pensativa!

Adquiere la alameda encanto agreste —
Su ámbito, diluyendo las siluetas,
Acaba en una infinitud celeste
Que la tarde sembró de violetas.

Duerme el estanque en su matiz de plomo ;
Mas, fina rama ó invisible vuelo,
Rizan su frágil superficie como
Una felpa frisada á contrapelo.

Y esa fugaz tremulación del agua
Fuera la única inquietud acaso,
Si no surgieran junto á la piragua
Tres enlutadas de indolente paso.

Casi niñas las tres, sus brazos flojos
Con prematuro afán siegan quimeras,
Y asombra lo profundo de sus ojos
Y la devastación de sus ojeras.

Como un temple sutil vibra el linaje
En sus nervios ; un áspero pregusto
De voluntad, aun bajo del encaje
Da al mórbido mentón algo de adusto.

Sabrán sufrir y odiar, pero se augura
Que ya agobiadas de ancestral flaqueza,
Su odio es más ironía que amargura
Y su mal es esplín más que tristeza.

Su palidez ya casi luminosa
Las vuelve más esbeltas y más leves,
Como evocando la asunción gloriosa
De un diáfano crepúsculo en las nieves.

Y sus cabellos de fragancia queda,
Que artístico alfiler prende y alhaja,
Hacen pensar en la excesiva seda
De un insecto anormal que se amortaja.

Una se yergue con aciago hastío,
Y en la obsesión fatal que la acomete,
Presenta á la pasión en desvarío
La atracción inquietante de un florete.

El Deber como un ayo antiguo y lerdo,
Fastidia su inconciencia soñadora
Regañando al pasar (¡ ah, qué recuerdo
De un pecado mortal me asalta ahora !)

Sus ojos miran cual los de una ciega,
Sin expresión, sin rumbo, sin visiones,
Y la estupefacción que los anega
Anticipa espontáneas perversiones.

Son sus labios capullo en que rebosa
Sangre de esclavos por nutricio jugo,
Fatigándose en ellos la golosa
Beatitud de un ídolo verdugo.

La otra tiene por todo distintivo
Un menudo lunar junto á su cuello.
De cuando en cuando un ademán cursivo
Como el céfiro, alisa su cabello.

Bagatela jovial, sólo en la liza
De algún fútil amor sufrió quebranto,
Y ese lunar que la individualiza
Como el tilde á la *i* forma su encanto.

Adora las baladas « A la Luna » —
Sabe un poco de Schumann, no muy triste,
Y corona superflua como una
Cinta, el viejo blasón que ya no existe.

Pero la estirpe, de altivez dechado,
La agobia en su magnífico decoro.
(¡ Oh prima á quien pudiera haber amado
Cuando tenía un corazón de oro !)

Sellando la piedad lúgubre y rica
De su luto, con fiel recogimiento,
La tercera en el agua se duplica
Como un joven ciprés ya macilento.

Sugiere en la quietud casi nocturna,
La ilusión de un cariño que se yerma
En la melancolía taciturna
De amar sin esperanzas á una enferma.

(Las nobles fuentes que el jardín decoran,
Gimen en la abismada lejanía,
Con esos balbuceos que ya lloran
Y que no son palabras todavía).

Sueña quizá las acuitadas trovas
De amadores heridos de pesares,
Por quienes en sus ríspidas alcobas
Plañeron Berenguelas y Guiomares ;

O en el novio ideal, mancebo blondo
Entrevisto por la íntima persiana,
Que á la tarde pasó, miró muy hondo,
Y que no volverá á pasar mañana...

La noche da á las tres aire de esfinje ;
Y el negro traje al agravar la duda,
Con la caricia de sus curvas finge
Líquida ondulación que las desnuda.

Cuando de pronto, con ligero arranque,
En su blancura casi refulgente,
El solitario cisne del estanque
Boga hacia ellas armoniosamente...

EL BUQUE

A la señora...

Suena la hora : en traje de oro va la tarde á la ribera.
Sobre el brillo de las aguas una barca va á zarpar.
El oleaje brilla mucho, toda el agua reverbera...
¿ Se habrá hundido algún tesoro bajo el vértigo del mar ?
— No, que el mar en estos días no tragó ningún tesoro,
Dice el pálido remero que en la barca va á zarpar ;
Es la tarde que á las olas arrojó puñados de oro.
¿ Acaso ignoráis, señora, lo avariento que es el mar ?

*Y mi alma canta : el amor glorioso
dora tus cabellos, y tu seno tiene para
mí benevolencias reales.*

Suena la hora : en traje rojo va la tarde á la bahía.
Sobre el brillo de las aguas orza un lúgubre bajel.
El oleaje está sangrando de irritada pedrería
Como un río de rubíes, y el bajel se va con él.
Bajo el palio de los pinos alguien canta un himno extraño...
Véis, señora? en apariencia nadie guía ese bajel,
Pero todos aseguran que en noviembre de cada año,
De aquí parte, sin que sepan qué marinos van en él.

*Y mi alma dice : el amor carnal
esclarece tus mejillas, y tu boca tiene
para mí vinos de púrpura.*

Suena la hora : en traje blanco va la tarde á la atalaya.
Sobre el brillo de las aguas boga un lento bergantín.
El oleaje tiene espumas, y en el sueño de la playa
Cada ola, tristemente, deshojando va un jazmín.
Tras los pinos familiares algo pálido agoniza...
Hacia costas encantadas se apresúra el bergantín.
Ah, señora, ese suspiro de la mar que el viento riza,
Ha empapado con su angustia vuestras manos de jazmín!

*Y mi alma piensa : el amor ajado
agota tu sangre, y tu piel tiene para
mí suavidades castas.*

Suena la hora : en traje rosa va la tarde al horizonte.
Sobre el brillo de las aguas cruza un foque de crespón.
El oleaje está encrespado ; la mar alta como un monte ;
Flotan aves gigantescas en un fondo de ilusión.
Cual doncellas desmayadas van las nubes ; lentamente
Se destiñe en el crepúsculo aquel foque de crespón...
Ah, señora, sobre el brillo zodiacal de vuestra frente,
Ha tendido sus dos alas el gran pájaro Ilusión !

*Y mi alma sueña : el amor perdido
apaga tus ojos, y tu mano tiene para mí
abandonos de convalecencia.*

Suena la hora : va la tarde con su traje violeta,
A soltar deshecho en bruma su postrer moño de tul.
¡ Qué llorosa está la tarde ! algo sufre, algo la inquieta ;

Tiene lágrimas el fondo de su gran mirada azul.
En su traje que apacigua la soberbia de los mares,
Estremécense lloradas las estrellas sobre el tul,
Y como fútil viuda que evoca sus azahares,
Va extrayéndolas la tarde del lejano abismo azul...

*Y mi alma llora. El mar está solo.
La nave ha partido. Señora...
apoyaos en mi pena...*

LA VEJEZ DE ANACREONTE

Á Ponciano Vivanco.

La tarde coronábale de rosas.
Sus dulces versos, en divino coro,
Se iban flotando como polen de oro
Sobre alas de invisibles mariposas.

Componían los mimos suaves glosas,
Mujía blandamente el mar sonoro,
Como si fuera un descornado toro
Uncido á la cuadriga de las diosas.

Y más rosas llovieron ; y la frente
Del poeta, inclinóse dulcemente,
Y un calor juvenil flotó en sus venas.

Sintió llenos de flores los cabellos.
Las temblorosas manos hundió en ellos...
Y en vez de rosas encontró azucenas.

HORTVS DELICIARVM

El crepúsculo sufre en los follajes.
Tus manos afeminan las discretas
Caricias de las noches incompletas,
Bajo una fina languidez de encajes
Y un indulgente olor de violetas.

Nieva tu palidez sobre las horas.
Mi deseo perfuma, y mi pupila,
Al fulgor de la tarde que vacila,
Complica en sutilezas tentadoras
La breve arruga de tu media lila.

Algo llora en los árboles espesos.
El alma, enferma de divinos males,
Quiere unir en las copas inmortales,
A la inquietud ambigua de tus besos
El sabor de las églogas pradiales.

Llega un triste mensaje : ha muerto Ofelia.
La flor de oro del Sol, desde el Poniente,
Quema en su polen de oro, inútilmente,
Tu integridad estéril de camelia,
Y agoniza dorándote la frente.

Hoy cantan los maitines de las flores.
Deja arrastrar tu falda entre mis penas,
Y al ritmo de la sangre de mis venas
Trovaré el virelay de tus pudores
Y canonizaré tus azucenas.

Las tardes se marchitan desoladas.
Dame el saludo de cortés desvío,

Y verás cuál resbala por el frío
Ópalo de tus uñas delicadas,
Mi alma como una gota de rocío.

El violín detalla una gavota,
Mi corazón fallece en un gemido,
Porque al beso de sombra del olvido,
Bajo el ancho moaré de tu capota
Tu mirada y la tarde se han dormido.

LOS DOCE GOZOS

Á José Juan Tablada (de México)

TENTACIÓN

Calló por fin el mar y así fué el caso :
En un largo suspiro violeta,
Se extenuaba de amor la tarde quieta
Con la ducal decrepitud del raso.

Dios callaba también; una secreta
Inquietud, expresábase en tu paso ;
La palidez dorada del Ocaso
Recogía tu lánguida silueta.

El campo en cuyo trebolar maduro
La siembra palpité como una esposa,
Contemplaba con éxtasis impuro

Tu media negra ; y una silenciosa
Golondrina, rayaba el cielo rosa
Como un pequeño pensamiento obscuro.

PARADISIÁCA

Cabe una rama en flor busqué tu arrimo.
La dorada serpiente de mis males
Circuló por tus púdicos cendales
Con la invasora suavidad de un mimo.

Sutil vapor alzabase del limo
Sulfurando las tintas otoñales
Del Poniente, y brillaba en los parrales
La transparencia ustoria del racimo.

Sintiendo que al azul nos impelía
Algo de Dios, tu boca con la mía
Se unieron en la tarde luminosa,

Bajo el caduco sátiro de yeso,
Y como de una cinta milagrosa
Ascendí suspendido de tu beso.

EL ASTRO PROPICIO

Al rendirse tu intacta adolescencia,
Emergió, con ingenuo desaliño,
Tu delicado cuello, del corpiño
Anchamente floreado. En la opulencia

Del salón solitario, mi cariño
Te brindaba su equívoca indulgencia,
Sintiendo muy cercana la presencia
Del duende familiar, rosa y armiño.

Como una cinta de cambiante faya,
Tendía su color sobre la playa
La tarde. Disolvía tus sonrojos

En insidiosas mieles mi sofisma,
Y desde el cielo fraternal, la misma
Estrella se miraba en nuestros ojos.

CONJUNCIÓN

Zahumáronte los pétalos de acacia
Que para adorno de tu frente arranco,
Y tu nervioso zapatito blanco
Llenó toda la tarde con su gracia.

Abrióse con erótica eficacia
Tu enagua de surah, y el viejo banco
Sintió gemir sobre tu activo flanco
El vigor de mi torva aristocracia.

Una resurrección de primaveras
Llenó la tarde gris; y tus ojeras
Que avivó la caricia fatigada,

Me fantasearon en penumbra fina,
Las alas de una leve golondrina
Suspensa en la ilusión de tu mirada.

VENUS VICTA

Pidiéndome la muerte, tus collares
Desprendiste con trágica alegría,
Y en su pompa fluvial la pedrería
Se ensangrentó de púrpuras solares.

Sobre tus bizantinos alamares
Gusté infinitamente tu agonía,
A la hora en que el crepúsculo surgía
Como un vago jardín tras de los mares.

Cincelada por mi estro, fuiste bloque
Sepulcral, en tu lecho de difunta ;
Y cuando por tu seno entró el estoque

Con argucia feroz su hilo de hielo,
Brotó un clavel bajo su fina punta
En tu negro jubón de terciopelo.

EN COLOR EXÓTICO

Con tu pantalla oval de enea rara,
Tus largos alfileres y tus flores,
Parecías, cargada de primores,
Una ambigua musmé del Yoshivara.

Hería en los musgosos surtidores
Su cristalina tecla el agua clara,
Y el tilo que á mis ojos te ocultara
Gemía con eclógicos rumores.

Tal como una bandera derrotada
Se ajó la tarde, hundiéndose en la nada.
A la sombra del tálamo enemigo

Se apagó en tu collar la última gema,
Y sobre el broche de tu liga crema
Crucifiqué mi corazón mendigo.

EL ÉXTASIS

Dormía la arboleda ; las ventanas
Llenábanse de luz como pupilas ;
Las sendas grises se tornaban lilas ;
Cuajábase la luz en densas granas.

La estrella que conoce por hermanas,
Desde el cielo tus lágrimas tranquilas,
Brotó, evocando al són de las esquilas,
El rústico Belén de las aldeanas.

Mientras en las espumas del torrente
Deshojaba tu amor sus primaveras
De muselina, relevó el ambiente

La armoniosa amplitud de tus caderas,
Y una vaca mujió sonoramente
Allá por las sonámbulas praderas.

DELECTACIÓN MOROSA

La tarde, con ligera pincelada
Que iluminó la paz de nuestro asilo,
Apuntó en su matiz crisoberilo
Una sutil decoración morada.

Surgió enorme la luna en la enramada;
Las hojas agravaban su sigilo,
Y una araña en la punta de su hilo,
Tejía sobre el astro, hipnotizada.

Poblóse de murciélagos el combo
Cielo, á manera de chinesco biombo;
Tus rodillas exangües sobre el plinto

Manifestaban la delicia inerte,
Y á nuestros pies un rio de jacinto
Corría sin rumor hacia la muerte.

OCEÁNIDA

El mar, lleno de urgencias masculinas,
Bramaba alrededor de tu cintura,
Y como un brazo colosal, la obscura
Ribera te amparaba. En tus retinas,

Y en tus cabellos, y en tu astral blancura,
Rieló con decadencias opalinas,
Esa luz de las tardes mortecinas
Que en el agua pacífica perdura.

Palpitando á los ritmos de tu seno,
Hinchóse en una ola el mar sereno ;
Para hundirte en sus vértigos felinos

Su voz te dijo una caricia vaga,
Y al penetrar entre tus muslos finos,
La onda se aguzó como una daga.

LA ALCOBA SOLITARIA

El diván dormitaba ; las sortijas
Brillaban junto á la oxidada aguja,
Y un antiguo silencio de Cartuja
Bostezaba en las lúgubres rendijas.

Sentía el violín entre prolijas
Sugestiones, cual lánguida burbuja
Flotar su extraña anímula de bruja
Ahorcada en las unánimes clavijas.

No quedaba de tí más que una gota
De sangre pectoral, sobre la rota
Almohada. El espejo opalescente

Estaba ciego. Y en el fino vaso,
Como un corsé de inviolable raso
Se abría una magnolia dulcemente.

LAS MANOS ENTREGADAS

El insinuante almizcle de las bramas
Se esparcía en el viento, y la oportuna
Selva, estaba olorosa como una
Mujer. De los extraños panoramas

Surgiste en tu cendal de gasa bruna,
Encajes negros y argentinas lamas,
Con tus brazos desnudos que las ramas
Lamían al pasar, ebrias de luna.

La noche se mezcló con tus cabellos ;
Tus ojos anegáronse en destellos
De sacro amor ; la brisa de las lomas

Te envolvió en el frescor de los lejanos
Manantiales, y todos los aromas
De mi jardín, sintetizó en tus manos.

HOLOCAUSTO

Llenabáanse de noche las montañas,
Y á la vera del bosque aparecía
La estridente carreta que volvía
De un viaje espectral por las campañas.

Compungíase el viento entre las cañas,
Y asumiendo la astral melancolía,
Las horas prolongaban su agonía
Paso á paso á través de tus pestañas.

La sombra pecadora á cuyo intenso
Influjo, arde tu amor como el incienso
En apacible combustión de aromas,

Miró desde los sauces lastimeros,
En mi alma un extravío de corderos
Y en tu seno un degüello de palomas.

RAMILLETE

Á Ricardo Jaimes Freyre.

AMAPOLA

Con su saya de viejos brocateles
Iba Clori sabrosa hacia la trillas,
Y al verla entre las mieses amarillas
Inflaban sus riñones los donceles.

Evocaban fandangos y rondeles
En las medias punzó sus pantorrillas,
Y la sangre pintaba en sus mejillas
Como una dehiscencia de claveles.

Sonó un beso... Los vahos del rastrojo
Se fatigaban en la ardiente brisa;
Y mientras Clori con fingido enojo

Sonreía, ajustando su camisa,
Brotó un menudo pececito rojo
Del trémulo coral de su sonrisa.

TUBEROSA

Su falda, más coqueta por sencilla,
Riela con visos malva, y cada paso,
En un breve relámpago de raso
Marca el relieve audaz de la rodilla.

Erige osadamente el busto escaso
Una impúber miseria ; arde la hebilla
Del morado sombrero ; en la sombrilla
Gris, pululan los oros del Ocaso.

La mano en guante perla y fino encaje,
A la estricta cadera ciñe el traje.
El césped otoñal, con tonos serios,

Como un tripe senil se desiguala,
Y sobre ese tapiz de hierba rala
La inquietante botina tasa imperios.

CAMELIA

Cómo se llama el corazón lo augura :
— Clelia, Eulalia, Clotilde — algún pristino
Nombre con muchas *eles*, como un fino
Cristal, todo vibrante de agua pura.

Se enciende en el claror de su blancura
Con diminuta llama, un asesino
Carmín. Su alma lilial cuenta al destino
Románticas novelas de amargura.

En el vago perfil donde destella,
Su ojo negro y fatal asola aquella
Palidez. Sus maneras son prolijas

Como las de esas moribundas raras,
Que se cubren los dedos de sortijas
Y se desviven por las sedas claras.

EL SOLTERÓN

I

Largas brumas violetas
Flotan sobre el río gris,
Y allá en las dársenas quietas
Sueñan obscuras goletas
Con un lejano país.

El arrabal solitario
Tiene la noche á sus pies,
Y tiembla su campanario
En el vapor visionario
De ese paisaje holandés.

El crepúsculo perplejo
Entra á una alcoba glacial,
En cuyo empañado espejo
Con soslayado reflejo
Turba el agua del cristal.

El lecho blanco se hiela
Junto al siniestro baúl,
Y en su herrumbrada tachuela
Envejece una acuarela
Cuadrada de felpa azul.

En la percha del testero,
El crucificado frac
Exhala un fenol severo,
Y sobre el vasto tintero
Piensa un busto de Balzac.

La brisa de las campañas,
Con su aliento de clavel,
Agita las telarañas
Que son inmensas pestañas
Del desusado cancel.

Allá por las nubes rosas
Las golondrinas, en pos
De invisibles mariposas,
Trazan letras misteriosas
Como escribiendo un adiós.

En la alcoba solitaria,
Sobre un raído sofá
De cretona centenaria,
Junto á su estufa precaria
Meditando un hombre está.

Tendido en postura inerte
Masca su pipa de boj,
Y en aquella calma advierte
¡ Qué cercana está la muerte
Del silencio del reloj !

En su garganta reseca
Gruñe una biliosa hez,
Y bajo su frente hueca
La verdinegra jaqueca
Maniobra un largo ajedrez.

¡ Ni un gorjeo de alegrías !
¡ Ni un clamor de tempestad !
Como en las cuevas sombrías,
En el fondo de sus días
Bosteza la soledad.

Y con vértigos extraños,
En su confusa visión
De insípidos desengaños,
Ve llegar los grandes años
Con sus cargas de algodón.

II

Á inverosímil distancia
Se acongoja un violín,
Resucitando en la estancia
Como una ancestral fragancia
Del humo de aquel esplín.

Y el hombre piensa. Su vista
Recuerda las rosas té
De un sombrero de modista...
El pañuelo de batista...
Las peinetas... el corsé...

Y el duelo en la playa sola: —
Uno... dos.. tres... Y el lucir
De la montada pistola...
Y el són grave de la ola
Convidando á bien morir.

Y al dar á la niña inquieta
La reconquistada flor
En la persiana discreta,
Sintióse héroe y poeta
Por la gracia del amor.

Epitalamios de flores
La dicha escribió á sus pies,
Y las tardes de colores
Supieron de esos amores
Celestiales... Y después...

Ahora, una vaga espina
Le punza en el corazón,
Si su coqueta vecina
Saca la breve botina
Por los hierros del balcón ;

Y si con voz pura y tersa,
La niña del arrabal
En su malicia perversa,
Temas picantes conversa
Con el canario jovial ;

Surge aquel triste percance
De tragedia baladí :
La novia... la flor... el lance...
Veinte años cuenta el romance.
Turguenef tiene uno así.

¡ Cuán triste era su mirada,
Cuán luminosa su fe
Y cuán leve su pisada !
¿ Por qué la dejó olvidada ?...
¡ Si ya no sabe por qué !

III

En el desolado río
Se agrisa el tono punzó
Del crepúsculo sombrío,
Como un imperial hastío
Sobre un otoño de gró.

Y el hombre medita. Es ella
La visión triste que en un
Remoto nimbo descuella;
Es una ajada doncella
Que le está aguardando aún.

Vago pavor le amilana,
Y va á escribirla por fin
Desde su informe nirvana...
La carta saldrá mañana
Y en la carta irá un jazmín.

La pluma en sus dedos juega ;
Ya el pliego tiene el doblez ;
Y su alma en lo azul navega.
A los veinte años de brega
Va á escribir *tuyo* otra vez.

No será trunca ni ambigua
Su confianza de amor
Sobre la vitela exigua.
¡ Si esa carta es muy antigua!...
Ya está turbio el borrador.

Tendrá su deleite loco,
Blancas sedas de amistad
Para esconder su ígneo foco.
La gente reirá un poco
De esos novios de otra edad.

Ella, la anciana, en su leve
Candor de virgen senil,
Será un alabastro breve.
Su aristocracia de nieve
Nevará un tardío abril.

Sus canas, en paz suprema,
A la alcoba sororal
Darán olor de allucema,
Y estará en la suave yema
Del fino dedo el dedal.

Cuchicheará á ras del suelo
Su enagua un vago frú-frú,
¡Y con qué afable consuelo
Acogerá el terciopelo
Su elegancia de bambú!...

Así está el hombre soñando
En el aposento aquél,
Y su sueño es dulce y blando;
Mas la noche va llegando
Y aun está blanco el papel.

Sobre su visión de aurora,
Un tenebroso crespón
Los contornos descolora,
Pues la noche vencedora
Se le ha entrado al corazón.

9

Y como enturbiada espuma,
Una idea triste va
Emergiendo de su bruma:
¡ Qué mohosa está la pluma!
¡ La pluma no escribe ya!

NEW MOWN HAY

Á Ángel Estrada (hijo).

Aunque temprano, se aletarga el día
En su blonda tibieza; un gran sosiego,
Si no turba, atempera la alegría
Dominical, del parque solariego.

El otoño clemente que aun perfuma
De resedá sus albas más tranquilas,
Mezcla con los follajes y la bruma
Tenues azules y difusos lilas.

El tiple carillón del presbiterio
Congrega á los rurales feligreses ;
Un poco más allá del cementerio
Recién blanqueado, amarillean mieses.

Si ya hay niebla — ¡ oh, muy poca! — es solo para
Dar á la aurora suavidad más bella,
Como polvo de arroz que mitiga
Sus excesivas rosas de doncella.

En suspicaz enjambre, las amigas
Que libertara un oportuno asueto,
Vendrán á reposar de sus fatigas
Poco estudiosas, al jardín discreto.

Otilia, presintiéndolas, madruga ;
Y desoyendo á la mimosa abuela,
Se decide á emprender alegre fuga
Con su noble lebrel de centinela.

Su paso turba el conventual mutismo
Del peinado jardín que se aburría,
En el fácil rigor y el servilismo
Matemático de la simetría.

Bajo la cofia de profuso encaje,
Su carita á la vez traviesa y boba,
En la gracia apacible del paisaje
Como sombreada de quietud se arroba.

Frívola ambigüedad forma su gala,
Prestando, con sutil coquetería,
A su ciencia precoz de colegiala
Sus candideces de Hija de María.

Y si cuando la embriaga la locura
Del columpio lanzado á todo vuelo,
Muestra sus piernas de ducal finura
Con la ingenua malicia de un pilluelo;

En la capilla, en oblación austera,
Con piadosas ternuras acaricia
Un ensueño claustral — y si no fuera
Por el cabello, entrara de novicia.

Contiene y turba su inocencia extraña;
Y cuando ríe con locuaces trinos,
Se piensa vagamente en el champaña
Que acidula los besos clandestinos.

Desde el pasado abril, no bien completo,
Hay algo en ella levemente huraño,
Y su corpiño, en virginal secreto,
Junto con las manzanas se hinchó este año.

Evoca un paje rubio su esperanza,
Como un poema de visiones rico,
En el título azul de una romanza
Ó en el tema de amor de un abanico.

Ismenia tiene novios, y Clorinda
Da qué hablar con su boda ya cercana ;
Pero ella se conoce por más linda
Que Ismenia, que Clorinda y que Susana...

Y el tren cuya gran marcha abrevia el plazo
Que separa á las lindas compañeras,
Con su fragor de colosal cedazo
Disipa en polvo de oro sus quimeras.

LA COQUETA

Bajo los fluídos bucles en que flota,
Su fina cabeza, de rubia beldad,
Recluye en el ámbito de la ancha capota
Con mimo adorable su puerilidad.

En el breve seno, denunciado apenas,
La esfumada línea de una vena azul,
Limita un suscinto prado de azucenas
Que crepusculiza la bruma del tul.

Á la frágil gracia de su figulina,
Une, casi auténtico, un aire de esplín ;
Y con incentivo carmín ilumina
La falacia irónica que huye en su mohín.

Su ojo, un poco fatuo, se abate á la sombra
De la ojera, en leves insomnios de té ;
Ajando el discreto matiz de la alfombra,
Petulante arquea su menudo pie.

Transparenta lirios la calada media...
Y con su abanico lánguido y burlón,
Sobre el especioso secuaz que la asedia
Pulveriza un poco de su corazón.

ROMÁNTICA

Á Amado Nervo (de México).

Tu recuerdo es como un olor de rosas,
Á cuya sugestión mi pecho siente,
Esa melancolía de las cosas
Que guarda el aposento de un ausente.

La última tarde, como el viento fuera
Un poco más cordial que en estos días,
Llegó esa exhalación de primavera
Al huerto de mis breves alegrías,

La glorieta con su ámbito desierto
Evocaba tus largos peinadores,
Y dorado de otoño hacía el huerto
La caridad de sus postreras flores.

En el lago espectral, la clara luna
Que da el insomnio del amor aciago,
Regaba sus fulgores como una
Camelia deshojada sobre el lago.

Alguno refería en la enramada
La historia de un amor, ahora yermo,
Con la voz temerosa y mesurada
Como en consulta sobre un niño enfermo.

Y tu nombre surgió de aquella obscura
Narración, avivando ignotas huellas ;
Y al eco de tu nombre en la espesura,
Toda mi noche se nevó de estrellas.

Y te ví como en esa hora distante,
Cuando al efluvio de amistad que deja
Tu falda, me sentí un poco gigante,
Y bueno como un ángel ó una oveja ;

Como en ese crepúsculo sombrío,
Cuando ante el duelo de las hojas mudas,
Nuestras almas, vistiéndose de hastío,
Se parecían como dos viudas...

En esa tarde y ésta, iguales miedos ;
Igual tristeza en el follaje inerte ;
Y tú á mi lado y en tus finos dedos
Una sutil insinuación de muerte.

Mi huérfano dolor, como un ropaje
Demasiado magnífico, te abrumba ;
Mientras tu fantasía, en un miraje
De arborescencia capilar se esfuma.

Y ese miraje cuya sombra arranca
Toda su luz á tu mirada fija,
Está flotando en la tiniebla blanca
Del ópalo que adorna tu sortija.

Con languidez de plenilunio boya
En descompuesta carnación de almendra,
El ánima fluida de la joya
Que en gota de coñac su luz acendra.

A su influjo despiertan mis cautivas
Penas, renace mi abatido encanto,
Y me acojo á tus manos evasivas
Para que el pecho no me duela tanto.

Son pobre lenitivo á mi amargura,
La aquiescencia trivial de tu elegante
Sombrilla, y la etiqueta un poco dura
Que autoriza la punta de tu guante.

Tu carne se congela en alabastro,
Y mi palabra, en tí, sólo despierta
Una vaga sonrisa, como el rastro
De una hoja seca sobre el agua muerta.

Fúnebre es tu candor adolescente
Que la luna sonámbula histeriza,
Y el perfume de nardo decadente
En que tu alma pueril se exterioriza.

Fría en el mármol cruel de tu inocencia,
Á la hosca fiera que en mi amor te brama,
Sonríe tu romántica indolencia
Rebuscando actitudes de gran dama.

La fiera se deslumbra en el destello
Que tu collar adamantino arroja,
Y la apacientas con tu fino cuello
Que en su agua de iris el diamante moja.

Pero hay algo de tí, caricia leda
Que en mí revive ; tu perfume acaso,
Que como una sutil cinta de seda
A tí me arrastra, y me insinúa al paso

Que tus ojeras lánguidas no mienten.
Y mientras desde la pradera obscura,
Las azucenas pálidas asienten
Al galante cariz de la aventura;

Mientras á mi hábil asechanza esquivas,
Fuga en sus pliegues ágiles tu falda,
Y con escalofríos de piel viva
Se ajusta el raso á tu armoniosa espalda ;

Mientras junto á la náyade oportuna,
Finge tu cuerpo, en abandono blando,
Esas melancolías que son una
Pereza triste de seguir amando ;

Aquel ingenuo amor de los serenos
Días, á nuestras ansias siempre tardos,
Ha empezado á placerse entre tus senos,
Como abeja dichosa entre los nardos.

Tu boca elude aún la impía falta
De mi beso, en que tu alma padecía ;
Mas ya tus ojos que el recuerdo exalta,
Se entenebrecen llenos de la mía.

La tibia seda que en tus rizos toco,
Mórbido aroma en mis entrañas vierte,
Y siento que me invaden, poco á poco,
Ideas de mi madre y de la muerte.

Y recuerdo los versos de otros días ;
Aquellos seres místicos y raros,
Que en su estricto lenguaje de armonías
Traducen incurables desamparos ;

Y el epigrama en que, con hábil tino,
La ironía, en epítetos de mofa,
Vibra como una flecha de oro fino
Sobre el arco de acero de la estrofa ;

Y los cantares que mi amor te expresan
— Estrofas agradables á tu oído —
En que las rimas dóciles se besan
Tal como las palomas en un nido.

Pues todas las canciones en que flota
Algo mío, alegrías ó dolores,
Están en tí como en la misma gota
De miel, los jugos de diversas flores.

En las sombrías noches de ventura
Guían con clara luz tus mismas huellas,
Porque cuando el amor te transfigura,
No tienes sombra como las estrellas.

Renueva aquí, bajo el follaje espeso,
La inquietud de los tálamos viudos,
Y te parecerá que á cada beso
Brotá una flor entre tus labios mudos.

Cosecharemos flores ; mi opulento
Jardín, te brindará filtros extraños ;
Y como el dulce ruiseñor del cuento,
Te encantaré en mi amor trescientos años.

ENDECHA

Miel y agraz, dulce enemiga,
He cosechado en tu boca,
— Llama y frío ; —
Pues si á bien amarte obliga,
A mal quererte provoca
Tu desvío.

Bien y mal resumen, sabios,
Cual polos de imán buído
Tus antojos ;
Y así rechazan tus labios
Lo que á furto has atraído
Con los ojos.

Si es yerro de mi afición
Tomar tus besos por ascuas,
Yerre más ;
Y sea mi corazón
El incienso que en tus Pascuas
Quemarás.

La madre selva oportuna
Cubre en el rústico banco
Nuestro amor,
Y mi noche tiene luna
Cuando sales con tu blanco
Peinador.

¡ Bien haya las horas muertas
En que, celando un tesoro
Para mí,
Abrió tus ebúrneas puertas
La llavecita de oro
De tu *sí!*

Claras volvimos las foscas
Dudas con que amor se vela
 Por afeite,
Y fué dulzura sin moscas
La mirífica mistela
 Del deleite.

En parodia venusina
Tu ser brotó de un complejo
 Mar de tul,
Y tu sombra leve y fina
Fué el alinde de mi espejo
 De orla azul.

Soltó el esquife sus cables,
Y al paso que distraíamos
 Los antaños,
Éramos ya razonables,
Pues ya entre los dos teníamos
 Cuarenta años.

Besos de espontáneo brote,
Fueron en dulces comedias
— ¡ Ay, tan pocas ! —
Alfileres en tu escote,
Y en los puntos de tus medias
Pulgas locas.

Locas pulgas que, bermeja,
Atosigabas con gritos
Sofocados ;
Ruisiñores en tu oreja,
Y entre tus senos gatitos
Enguantados.

En tu nuca retozaban,
En tus ojos consumían
Sus anhelos ;
Sobre tu nuca folgaban
Y en tus manos se dormían
Los locuelos.

Cuán lenta se desceñía
Con maliciosas cautelas
 Tu sandalia,
Mientras en la sombra ardía
Un ambiente de canelas
 Y de algalia.

Porque en confianzas hondas
Tuvieran pueril desfogue
 Las rencillas,
Vibraban bajo tus blondas
Sus latiguillos de azogue
 Las cosquillas.

Comíamos ?... sabe Flora
Cuánto arrope ! sabe Apolo
 Cuántos quesos !
Dilo tú más bien, señora,
Que yo me acuerdo tan sólo
 De los besos...

La Osa celeste por magro ?...
Ó la enjundia de un dragante ?
 Ó la liebre
Que lamentó Meleagro ?...
Ó el huevo de Roc gigante
 Vuelto en pebre ?...

Y era en la Tabla Redonda ?...
¿ No iba á la siniestra banda
 Esplandián
Con el rey de Trapisonda,
Y por manderecha Branda -
 barbarán ?

Con mis grevas al chocar,
Hacía mi buena espada
 Fiero són ;
Joyosa del bel cortar
En coplas era llamada
 Con razón.

Fué tu boca, que su aliento
Floral, por vino me daba,

 Mi hipocrás :

Como yo estaba sediento,
De aquel dulzor no gustaba

 Nadie más.

Y haciendo de nácar fino
En los alegres carmines

 Grata pesca —

Mientras yo apuraba el vino,
Bebían los paladines

 Agua fresca...

¿ Por qué ya tu seno blando,
No me atrae al suave arriendo

 De otros días ;

Y yo voy lora llorando,

Y tú vas ríe riendo

 Tus folías ?

Mane de nuevo la poma
Miel propicia al visionario
 Devaneo ;
Y siendo tú la paloma,
Sea el azor palumbario
 Mi deseo.

Copas depreciado tíbar
Eran tus senos joviales —
 Y en su hez,
Han de cosechar almíbar
Mis dolientes madrigales
 Otra vez.

Amor que celos inculca,
Habla, si bien no me niega
 Tus hechizos,
De una pisada bisulca
Que sorprendí en la masiega
 De carrizos.

¿ Te venció en fogoso arranque
El fauno que, temerosa,
 Me señalas —
Ó el cisne que en el estanque
Nieva el agua silenciosa
 Con sus alas ?

Bien conozco en esas lides,
De mágicos sabidores
 Los ataques :
Fraudador de los Ardidés
Te daría lucentores
 Y estoraques...

Mas yo he tendido, certero,
Al numen de piernas ágiles
 Redes cautas ;
Y cuando fué prisionero,
Destrocé las cañas frágiles
 De sus flautas.

Ya no hay pájaro que luche
Por conquistar mi tesoro
 Más secreto.
Clavé en su lírico buche
Las catorce flechas de oro
 De un soneto.

Á la orilla del remanso
Vi abatirse su plumaje
 Dado al viento ;
La muerte lo trocó en ganso...
Con trufas será potaje
 Suculento.

Lloras ?... ¿ Porque tu mudanza
Con irónica sorpresa
 No te enrostre ?
En meriendas de venganza,
¡ Pucheritos de frambuesa
 Son mi postre !

MELANCOLÍA

Á la hora en que á la tarde le aparecen ojeras,
Cuando aquieto mis pasos por las tristes riberas
Donde entre brumas lilas esfúmanse las naves,
Y afligen como adioses los vuelos de las aves
Que afrontan lejanías hondas como la muerte ;
Cuando el sol moribundo sangres pálidas vierte
En la imperial fatiga de su grandeza inútil ;
Cuando el amor es necio, cuando la gloria es fútil ;
Cuando la misma pena, por el cansancio trunca,
Conoce el desconsuelo de no revivir nunca ;
Cuando en el pecho amagan incurables dolencias ;
Cuando en el alma hay naves que preceden ausencias —
Lo que en ambos fué dicha reza en mí una plegaria.

Vístese de heliotropo la tarde solitaria ;
Los pensativos sauces despídense del día
Con un desasosiego tal, que se creería
Hallar bajo cada uno de los sauces aquellos,
Una huérfana pálida de lánguidos cabellos.

Algo tuyo que gime flota en el oleaje
Taciturno, y agrava la inquietud del paisaje.
Y estoy tan triste, tanto, que ni llorarte puedo ;
Pues bajo esa nostalgia que se acurruca en miedo,
No sé por qué inconclusa sugestión de las brisas,
Sufro, y las mismas lágrimas se me vuelven sonrisas.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS
DONACIÓN
ALFREDO COLMO

EL PAÑUELO

Á Javier de Viana.

Poco á poco, adquiriendo otra hermosura,
Aquel cielo infantil de primavera
Se puso negro, cual si lo invadiera
Una sugestión lánguida y obscura.

Tenía algo de parque la espesura
Del bosque, y en la pálida ribera,
Padecía la tarde cual si fuera
Algún ser fraternal en desventura.

Como las alas de un alción herido,
Los remos de la barca sin consuelo
Azotaron el piélago dormido.

Cayó la noche, y entre el mar y el cielo,
Quedó por mucho tiempo suspendido
El silencioso adiós de tu pañuelo.

LA SOLA

Junto á ella el gato avizor
Se enrosca en albeante copo;
Efluvia un vago heliotropo
La seda del peinador.

Con su traje de pekín
La tarde marcha de prisa;
Murmura en francés la brisa;
Y en el remoto confín

Del mar, la luna precoz
Parece brocha de plumas
Que esparce sobre las brumas
Diáfano polvo de arroz.

En un grisáceo azul
Vela detrás de las ondas
Ruinas de ambiguas Golcondas
El horizonte de tul.

Es un poco artificial
Esa tarde. En las macetas,
Las tempranas violetas
Tienen un sueño anormal.

El tierno musgo de abril
Exhala un frío relente,
Y la espuma de la fuente
Trama su encaje sutil.

Canta la brisa en francés,
Viste de pekín la hora,
Y sueña la soñadora
Y el gato acecha á sus pies.

La sombra que va á venir,
Ya en sus ojos taciturnos
Deslíe azures nocturnos
Como un fúnebre zafir.

Pero aun no es noche, y al ver
Cuán largo padece el día,
De dulzura y de agonía
Se impregna todo su ser.

Junto al viejo malecón
Un bote afloja su driza;
El crepúsculo agoniza
Como un niño, y el salón

Guarda tan honda quietud,
Que allá en un rincón lejano
Hasta el íntimo piano
Toma un aire de ataúd.

En la penumbra espectral
Donde apenas se destaca,
La hospitalaria butaca
Tiene aspecto personal.

Dormita el gato gentil,
Medita la soñadora,
Mientras la fuente le llora
No sé qué grima pueril.

Puesto el índice en la sien,
Prolonga su ensueño blando;
Lejos pasa, respuntando
Sus kilómetros, un tren.

Muere el último fulgor
Del día, en la abstracta alcoba ;
Del armario de caoba
Surge el alma de una flor.

Y se cree presentir
La desolación oscura
De una inefable ternura
Que sólo sabe morir...

Á TUS IMPERFECCIONES

Amada mía, sé imperfecta
Á despecho del canon adusto,
Y evita en la maceta de tu buen gusto
La terca rigidez de la línea recta.
En tu valiosa calidad de pepita
Hay una pompa de imperio,
Y en tus ojos de romántico misterio
Todo el furtivo encanto de una cita.
Más no fueron Julieta y Margarita
En su jardín y en su cementerio.

Sin tus moños, tus papillotas,
Tus ballenas, tus festones,
La crespa futilidad de tus capotas —
Adorables pruebas de tus imperfecciones ;
Tu cuerpo, á tan dulce tiranía sumiso,
Diera á tu gracia exótica de pavana,
La insipidez un tanto provinciana
De Eva en el Paraíso...

Y la orfebrada horquilla de tu rodete,
Y el mimo de tu boa cibelina,
Y tu atmósfera de cœur-de-Jeannette,
Y el crepúsculo de tu velutina ;
Y el velillo discreto,
Que en pasional penumbra de delito,
Ahonda con un poco de infinito
La gota de alquitrán de tu ojo inquieto ;
Y la gracia selecta
Que hace gemir violines en tu paso,
¿Te sirvieran, acaso,
Si fueses perfecta ?

¿ Te sirvieran, acaso,
 Ninfa de porcelana en piélago de raso ?

Bien me acuerdo cuando eras doncella
 Alta y fría como el Himalaya,
 Alta, fría y bella
 En la altivez sajona de tu saya.
 Bella, fría y pura,
 Y conservando en el alcohol de tu cordura
 Ideas de nuera y de aya.
 Entre tu canario y tu begonia,
 Tu virginidad erguía su cetro,
 Y en solemne fastidio te poseía el metro,
 Hereditaria y rica como una colonia.
 Rielando aguas congéneres de Orinocos y Ganges,
 En combustión de estelares brillos,
 Todo un mundo de anillos
 Superfluía en tus falanges.
 En tu abanico se indefinían pagodas,
 Y en tu ensueño siruposos madrigales,
 Periódicos de modas,

Congregaciones y tarjetas postales.
Y tenías ideas muy virginales
Sobre las noches de bodas.

Llena de literatura y de piano,
Tu alma yació en inerte sobriedad de tortuga,
Bajo tu corpiño sin una arruga
Y tu corazón sin un arcano.
Y apenas como un sueño de vagos amores,
Con Venecias lila y con serenatas,
Te traducía Sonámbulas y Traviatas
La lírica necesidad de los tenores...

Poniendo á tus veinte años rígido dique,
Tus maneras tenían un prudente sello
De nodrizas que ostentan en su rubio cabello
La industriosa limpieza de un cobre de alambique.
En tu ademán vacante
Bostezaba el hastío,
Y tu ser, como un insuficiente río,

Se agotaba en la angustia de un eterno adelante.
 Avaros petos y mangas de tubo
 Limitaban tu juventud circumspecta :
 Y entonces eras perfecta —
 Perfecta como el cubo...

Cierta noche, por fortuna,
 Te traicionó la naciente luna ;
 Una luna redonda
 Que agujereaba la noche y la fronda,
 Como el pabellón de una trompeta
 Embocada detrás del horizonte
 Por un cuaternario atleta
 Al acecho del gliptodonte.
 Bajo su luz de acuario,
 Tu alma se esparció en el deleite,
 Como una gota de lenitivo aceite
 En el infinito solitario.
 Por el astral dominio
 De los cielos lejanos,
 Las nebulosas como capullos de gusanos

De luz, se atomizaban en vaho de aluminio.
Y al vértigo de aroma de los jazmines
Que en la ebriedad nocturna colabora,
La inquietud bienhechora
Angustió tus senitos benjamines.

El crepúsculo aguza lloradas emociones,
La tierra perfuma bajo el riego,
Y flota un mórbido sosiego
En el parque chisporroteado de gorriones.
Simplifica el *Angelus* pastoriles querellas,
Y florecen las estrellas
En tu Mes de María de las Imperfecciones.

Alabadas sean tus manos tiernas
Que mulleron mi diván de viejo estambre,
Cuando, nuevo Procusto, me anclara allí un calambre
Bidolor de ambas piernas.
Alabada tu boca que ahogó en besos mi hambre.
Alabado tu seno, doméstica paloma ;

Alabado el lirio de tus melancolías,
 Tus cabellos, profundos de tiniebla y de aroma,
 Y la rosada miel de tus encías.

La literaria muñeca
 De los sonetos clásicos y postizos,
 Sucumbe al insurrecto poder de tus hechizos,
 Y el club del Parnaso cierra su biblioteca.
 Ni azabache, ni nácar, ni coral, ni marfil,
 Hay en tu cuerpo fragante como un pensil.
 Todo es dulce milagro
 De tu carne morena,
 Y de tu alma buena,
 Y de tu busto asaz magro.

Un ritmo marítimo
 Ondula en los volantes de tus faldas claras,
 Cuando á mi brazo te amparas
 Con tu gestito coqueto y legítimo.
 Y tu ser enigmático,

En las más sencillas faldas
Pone el lujo asiático
De un pavón irradiado en esmeraldas.

En la florescencia sencilla
De tus encajes irlandeses,
La sanguínea sonrisa de los burgueses
Comenta tu delgada pantorrilla.
Tu boca no acidula de fresa
Sonrisas de Gioconda conquistadora ;
Mas con qué pasión su carmín devora
Tu palidez de aciaga princesa.
Tu palidez que sugiere una
Tumba ofélica entre acuáticas zarzas,
Donde en anfibia catalepsia sueñen garzas
Tristes y blancas como la luna.

La luna que en la transparencia bruna
De la darsena, infiltra un lívido cloro,
Cual inclinado tintero

Prolonga hasta el horizonte un reguero
De tinta china con reflejos de oro.
Extraordinaria senda,
Que en vértigo remoto como el nadir, arroja
Hacia dolores de leyenda
Y regiones de paradoja...
El país que en mi alma te reservo
Por no sé qué fatalidad suprema,
El país de silencio y de problema —
El *Nevermoreland* de Eleonora y del Cuervo...

LOS CUATRO AMORES DE DRYOPS

Á Joaquín Castellanos.

ELEGÍA

Al rumor de la fronda que le da suave pauta,
Por adormir las horas Dryops toca su flauta.
Toca, y como las voces de la flauta son cuatro,
El bosque pensativo que sirve de teatro
Á las broncas faunalias, en cuyos escarceos
Las bocas son panales y abejas los deseos —
Oye cómo en la flauta de voces obsesoras,
Que está á modo de un ágil huso hilando las horas,
Dryops, á fuer de amante preso en dulces cadenas,
Canta sus cuatro amores que son sus cuatro penas.

Y dice la primera voz de la flauta leve :

HISTORIA DE PHANIÓN

« Phanión es como un rayo de sol sobre la nieve.
En sus ojos pacíficos es siempre de mañana.
Sus manos son cordiales como las de una hermana.
Es tan sencilla y suave la gracia que atesora,
Que no se la echa menos sino cuando se llora.
Tiene el ser incorpóreo de una amable fragancia
Que, sin ocupar sitio, llena toda la estancia.
Nuestro amor fué un encanto de los ojos, y un vago
Roce de dedos tímidos, al insinuante halago
Del crepúsculo... Y nada más. Pero entonces era
Más bien hablado el viento, más jovial la pradera,
Los tomillos más tónicos y los hombres más buenos...
...Y las mujeres ¡ pobres ! si no tenían senos ! »

« La música anodina del agua que entre flores
Expelían las gárgolas de antiguos surtidores,

Decía por nosotros las caricias inciertas
Que expresar no sabían las bocas inexpertas.
Los ojos componían la glosa de ese canto,
Con frecuencia invadidos por ilógico llanto.
Las tardes se portaban como buenas amigas.
Expresaban los nardos poéticas fatigas.
Mi orgullo empenachaba su intrépido falucho —
Y la luna servía para mirarla mucho.»

« Al invasor influjo que de mi amor surgía,
Phanión, como narcótica flor de melancolía,
Soñaba; y presintiendo deliquios sobrehumanos,
Cobraban palideces adorables sus manos;
Y esbozaban en súplica de atrición lastimera,
El ademán sumiso de una esclava extranjera.
Cuando yo las tocaba, con un temblor profundo,
Durante largos días era más bello el mundo.
Nunca llegó mi labio hasta ellas; su ignoto
Perfume, me amansaba con un temor devoto.
Mas, de las hermosuras que amante he poseído,
Ninguna tan entera como Phanión lo ha sido.»

« Cuando sus ojos, llenos de silvestre dulzura,
Tendían su mirada como una seda oscura
Sobre mis balbucientes ansias, un gran sosiego
Apagaba en candores intangibles mi fuego.
Y llegaba el silencio, de aquel amor testigo,
Á ponerse entre ambos como un gran perro amigo ;
Y entonces esos ojos, para mi dicha inerte
Se volvían inmensos como el mar ó la muerte. »

« Recordando el perfume de viejas alegrías
Al hombre numeroso de penas y de días,
Phanión revive á veces en mi alma taciturna
Como indecisa nébula en la quietud nocturna.
Y vuelvo á ver sus manos, sus manos luminosas
De inocencia, curando mis enfermizas rosas ;
Y vuelvo á ver sus ojos, á medias compungidos
En la nostalgia atónita de los otoños idos ;
Sus manos que padecen como infantas reclusas,
Deshojando en jazmines ilusiones confusas ;
Sus ojos, que en el duelo de trágicos saludos,
Tan sólo llorar saben, como niñitos mudos. »

«Y ya nada recuerdo de sus otros hechizos...
Nada sé de sus labios, nada sé de sus rizos ;
Pues cuando nos amábamos, con la infantil sorpresa
De aquellos grandes éxtasis de luz, yo estaba en esa
Edad de cuitas breves y fáciles sonrojos,
En que sólo se adora las manos y los ojos. »

La otra voz de la flauta dice :

HISTORIA DE TIMO

« Timo la fina,
Es fácil como el agua de un vaso que se inclina.
En su persiana que orlan fragantes arboledas,
Parece fastidiarse, cansada de sus sedas ;
Y como es por las tardes, á la reja oportuna
Vagamente la nieva con un blancor de luna.
Timo sonrío, y sobre la nácar de sus dientes,

Se ensangrientan hastíos de imperios indolentes.
En la capciosa púrpura de sus labios glotones,
Revierte la bebida fuerza de los varones.
Y en sus ilustres senos que á la virtud oprimen,
Como una dulcedumbre fatal se aspira el crimen.»

« No sé si nos amamos, pero yo fuí el amante
Y ella la amada. En veces su cuerpo palpitante
Comunicaba al mío candentes arrebatos.
Olvidaban las bocas sus ya flojos recatos,
Y mientras balbucían el deleite inexpresso,
Mediaba entre los ojos la distancia de un beso.
Mas pronto la ironía substancial de su boca
Me rayaba los dientes con durezas de roca ;
Y entonces la inelémencia de su desdén perverso,
Rompía nuestro encanto como un hiato á un verso.
Sus ojos producían, con fijezas extrañas,
Ácido escalofrío de acero en mis entrañas ;
Pues cuando su felina maldad la torna bloque,
Tienen la dolorosa frialdad de un estoque.
Sus lóbregos cabellos de pluviosa finura,

Anohecían la hora de la fugaz ventura.

Y se dormían cisnes en su triunfal garganta. »

« Sólo cuando los celos que encona y agiganta
La frialdad inmóvil, aguzando sospechas,
Se volvían injurias, cual las espinas flechas,
Palpitaba en el fondo de esa indómita arcilla
La enamorada triste que se abniega y se humilla ;
Pues es como esas flores que, por triste destino,
Sólo estrujadas rinden un perfume mezquino. »

« Una noche, la última de ese amor, en agudas
Ultranzas debatíase el insomnio ; las mudas
Sombras, exasperaban supremos desvaríos.
Mas los besos de Timo no eran como los míos.
Y así acabó el postrero triunfo de su perfidia : »

« Mientras agonizábamos en la amorosa lidia,
Lacerados de besos, y como ardientes clavos

Punzaban nuestros pulsos, y con carmines flavos
Las bocas se tocaban en sangrientas begonias,
Y en nuestras almas negras ardían Babilonias;
Á pesar de la noche y á pesar del deleite,
La amante, defendiendo su artificioso afeite,
Pedía en las tinieblas un furtivo consejo
Con miradas inútiles al invisible espejo. »

HISTORIA DE ASCLEPIAS

« Como una brizna seca que, en implícito elogio,
Marca el trivial Memento de un antiguo eucologio,
La memoria de Asclepias revive en mis memorias.
Cruzando mi alma en símbolo de dichas transitorias,
Es una nubecilla que, ligera y dorada,
Atraviesa un crepúsculo ; su piadosa mirada
Reflejó los dolores de mi destino aciago,
Tal como á los leones que en él beben, un lago,
Sin perder su tersura por abreviar leones.

Puso el amor sus riendas á nuestros corazones,
Y tan sencillamente juntó su labio al mío,
Como el agua que une las márgenes de un río.»

«En sus tules flotaban ideas indistintas.
Podía ser un verso cada una de sus cintas.
Un madrigal galante la contenía toda...
...Excepto su camisa que reclamaba una oda.
Cuando en la negligencia de hastíos elegantes,
Sus párpados bajaban, sugiriendo insinuantes
Cansancios de abanicos, en los párpados bellos
Se idealizaba mi ósculo sensual, porque era en ellos
Su carne más angélica ; y por sus ojos claros,
Sus parleros ojillos de agraz, pasaban raros
Sueños, que estremecían con emoción oscura
Los palpitantes párpados de rosada ternura.»

«Su corpiño era breve como un pétalo, y era
Profunda como un piélago su dócil cabellera.

Un alfiler la armaba con petulante aliño,
Y dos almas cabían en el breve corpiño. »

« Clarísima la evoco cual una fina hebra
De miel. Mi alma en su boca pascuas de amor celebra.
Su cintura es el molde de mi fuerza. En su gracia
Se malogran estirpes de fiera aristocracia.
A fina decadencias su blancura inconsútil ;
En sus caderas frágiles se esboza el sexo inútil ;
Pero hay un cielo en nuestras estériles delicias,
Y se llena de música su ser con mis caricias
Así como una cuerda que rozan suaves clines.
Encienden sus mejillas fatigados carmines,
Y sublimando la íntima fruición de los arrimos,
En sus menudos senos se aterciopelan mimos. »

« Tal revive la escena de nuestro amor ; ahora
Tan sólo ese recuerdo mis soledades dora ;
Pues con la misma aguja que prendía sus velos,
Asclepias la riente se mató ardida en celos, »

Porque una vez su amiga Lykainis la bella,
Me dió un beso en los ojos, al mismo tiempo que ella
Suponiéndose libre de importuno testigo,
Daba un beso en los labios á Herákleites mi amigo. »

Así fué la tercera voz de la flauta ; el viento
La dispersó en suspiros, á guisa de lamento
Casado con la grave música de la fronda.
Y la cuarta voz dijo de una emoción más honda.
Y la cuarta voz era su comentario triste.

HISTORIA DE IANIRA

« Fué á la hora que de pálido violeta se viste
Como si aligerara meditabundos duelos.
La estrella de la tarde consolaba á los cielos.
La noche, apresurando fugas de inquietas aves,
Espaciaba en las nubes no sé que ideas graves,

Y orlaba el horizonte donde el silencio piensa,
Con la azulada sombra de su pestaña inmensa.
Así estaba el crepúsculo cuando te ví, Ianira ;
Y aquello fué una tarde, porque, si bien se mira,
Cuando el amor en lo hondo del ser arraiga y arde,
Toda gran desventura comienza así : *una tarde... »*

« Á mi lado pasaste leve como un suspiro.
Cambiaron mis ideas su divagante giro
Al frú-frú de tu falda que aun, palpitando, escucho.
Yo palidecí un poco, tú enrojeciste mucho.
Y quedó desde entonces mi corazón sincero,
Tan lleno de ternura, que al choque más ligero,
En gotas harto fáciles llueve un llanto tardío,
Como un árbol nocturno cargado de rocío. »

« Bien sé que tú no puedes amarme ; pero deja
Que en sueños imposibles te traduzca mi queja.
Un poco de imposible vuelve al amor más puro.
El recuerdo es solemne como un santuario obscuro,

Y en sus sagradas sombras te considero muerta
Para poder amarte sin que nadie lo advierta.
La brisa de la noche me trae tu perfume.
Un hondo desamparo la obscuridad asume.
Y oigo el tic-tac del péndulo, que la quietud agrava,
Tan semejante al eco de un azadón que cava.
Y las huérfanas horas van cayendo en mi vida
Como las hojas secas en el agua dormida.-»

« La emoción de esa tarde despierta en mi retiro.
Á mi lado pasaste leve como un suspiro.
En tus ojos había no sé qué de lejano.
Tus vestidos tenían un albor sobrehumano.
Y mi alma, balbuciendo sus confusos antojos,
Fué acogida en la inmensa caridad de tus ojos.»

« Desde entonces mi vida, falta de tu presencia,
Es como una redoma que contuvo una esencia.
Tu desvío me manda que me aleje, y no puedo.
Con mi pena agonizo, sin ella tengo miedo.

Y en el temblor sonoro de las flébiles cañas,
En el profundo eco que encierran las montañas,
En el sordo reflujó que las playas desnuda,
En el doliente pío de la alondra viuda
Traduce sus congojas líricas mi querella...
Para qué tuve ojos!... Para qué fuiste bella!... »

La medianoche atarda su paso en la arboleda.
Y al solo de la brisa que se vuelve más queda,
Tiene su negro ámbito, sobre el mundo suspenso,
El murmullo indeciso de un caracol inmenso.
Y Dryops, el flautista preso en dulces cadenas,
En una melodía funde sus cuatro penas.
Su alma se abre y palpita como una grande ala,
Y por su hilo de música la inmensidad escala.

EL MAL INEFABLE

Allá sobre el oleaje macilento
Su última lividez consume el día,
Y el tenebroso azul del firmamento
Se abisma en sideral melancolía.

Olas y nubes, dunas y pinares,
En bloque colosal la noche integra,
Al dilatar por montes y por mares
La inmensidad de su mirada negra.

En trivial situación de Paraíso
Mi corazón exalta tu hiperdulia,
Mientras que del salón llega, indeciso,
Un rumor de Chopin y de tertulia.

Lozanas de canícula las rosas,
Bajo la brisa litoral que arrecia,
Inspiran como damas voluptuosas
Una aromática embriaguez de especia.

La amable luna en su postrera fase
Algo casi fatal pone en tu ceño,
Y en tu alma, joya de primera clase,
Brotó á su luz congénere el ensueño.

Sobre el mínimo seno tu franela
Pectoral, de enfermiza, te asesina ;
En tu grácil albor se aterciopela
La ternura infantil de la eglantina.

Pulida como el agua, en tu pureza
Hay el frío de un alba sin sonrojos,
Y el cielo se duplica en la franqueza
Perseverante de tus grandes ojos.

En cita que consagra mi fortuna,
Mi transporte se vuelve un poco necio
Ante tu honor, y fútil como una
Mariposa, es tu ósculo sin precio.

Inmoviliza en tumba de mosaico
El palaciego estanque su fastidio,
Mientras le evoca el plenilunio arcaico
Familiares ideas de suicidio.

Desde el balcón divinizarse deja
Tu mirada su lánguido apogeo,
Y la luna suspende de tu reja
La quimérica escala de Romeo.

Á la amorosa sugestión del astro
La ninfa del jardín sus gracias une,
Y su blanca ceguera de alabastro
Ampara nuestra soledad impune.

La certidumbre de tu amor lejano,
Que á fúnebres azares se encomienda,
Trocó á mi corazón, trivial Fulano,
En un excelso prócer de leyenda.

Paladín que muriéndose en la llama
De deleitoso mal con que le atijes,
Es, á pesar de su valiente fama,
Fruslería *keepsake* entre tus dijes...

Esta noche, la luna que agoniza,
Tu fichú bajo el cual se angustia el asma,
El mar meciendo apenas su baliza —
Tienen no sé qué encanto de fantasma.

La brisa insomne, desde su retiro
Bajo lúgubres árboles suspenso,
Comunica en romántico suspiro
Su honda palpitación al parque inmenso.

El último estribillo de un romance
Agranda el bloque de silencio inerte,
Y nuestro amor, en desolado trance,
Se prepara al olvido y á la muerte.

AQUEL DÍA...

Á Horacio Quiroga.

Quel giorno piú non vi leggemo avante.

I

Soñando visitaba mis macetas
Una enlutada de ojos sobrehumanos.
La delgadez aciaga de sus manos
Desfloraba las mustias violetas.

« Es tu alma » ... sugirieron los pianos
Ocultos en las íntimas glorietas.
¡ Mi alma llorando no sé qué incompletas
Nostalgias de episodios muy lejanos !

Hacía daño su espectral blancura
De flor palustre y por lo cual malsana.
Tú que temías tanto su hermosura

De amazona colérica y lozana —
Vieras ! si es una frágil criatura,
Tan triste que podría ser tu hermana.

II

Mi alma sufría un sordo mal ; su frente
Por los cabellos lóbregos vencida,
Pensaba entre sus manos de fluída
Palidez, hondamente y largamente.

La tarde de muaré se ahogó en la fuente ;
Y en su serenidad incommovida
De claro mármol, sonrió dormida
Junto al agua la náyade yacente.

Y con mi alma lloré; y era tu encanto
Lo que lloraba en mí con ese llanto.
Y era en mi alma el escuálido reflejo

De tu dicha fugaz lo que lloraba...
Y el perro de la quinta nos miraba
Piadosamente, como un ayo viejo.

III

Mojamos el silencio gota á gota
En esa angustia; la primer estrella,
Agravó nuestra lúgubre querella
Con su presencia impávida y remota.

Lloraba tanto en la ocasión aquella
Mi alma, que al verla por el llanto rota,
Me preguntaba con tesón idiota
Cómo pudo caber tanta agua en ella.

La fácil agonía de las horas
Se acongojó sobre el lindante prado
Que arrebuja neblinas impostoras.

Entonces, atrayéndola á mi lado,
La dije : ¡ oh alma mía, por quien lloras ?...
Y ella á mí : qué hondamente *la* has llorado !...

IV

En las arrugas del crespón severo,
Bajo el breve temblor de la pestaña,
Velábanse sus ojos con la huraña
Desolación de un pájaro extranjero.

Sonó de pronto con angustia extraña,
Tras los olmos paganos del sendero,
El lejano balido de un cordero
Que estaban degollando en la montaña,

En estupor trocáronse los duelos
Ante ese débil grito de agonía ;
Y mientras con estériles consuelos

El lirio insomne del amor se abría,
Doblamos lentamente los pañuelos...
... Y no lloramos más en aquel día.

LAS LOAS DE NUESTRA SERVIDUMBRE

Á Amador Lucero.

CANTO DE LA VIDA Y DE LA MAÑANA

Amada mía, he compuesto el poema
De nuestro amor más fuerte que los leones,
En plegaria y en emblema
Para ejemplo de tibios corazones.
Quiero glorificarte suprema
Sobre el orgullo y sobre el destino,
Para que brilles singular en mi camino,
Como la estrella solitaria
Que imprime rumbos de luz á lo ignoto —
Angel piloto
En mi nave obscura y corsaria.

Regocijan al mundo,
Llenas de Paraíso las auroras;
Un viento profundo
Canta suavemente en las frondas multisonoras.
Huele á salvia y á espliego
El ambiente aromático;
El cielo está azul y extático
Cual la mirada de un místico noruego.
Dilata el alborozo agreste,
Con sus ondas unánimes como cuerdas de lira,
La mar que hacia el sol aspira
En una gran tremulación celeste.
Campo y agua palpitan con amoroso hechizo.
Sobre la undosa hierba y en el bisel convexo
Del oleaje, ondula la luz con suave rizo.
Las naturales vacas husmean como un sexo
El ardor inmediato del estío;
Y sobre la pradera grave y tierna
Donde se enjoya en lágrimas el iris del rocío,
Pesa dichosamente su plenitud materna.

Divina mía, á la canción temprana

Que me regalaron tus mimos de amante,
Mi corazón quedó como un árbol vibrante
De pájaros, esta mañana.
Bajo esa capota que vuelve tan ambigua
Tu faz, entre profusos ampos
De muselina, mientras calienta el sol los campos
Con su benevolencia antigua;
Irás, con tu cintura que engarzará mi brazo,
Buscando el sugerente declive del ribazo,
Para que en policromía de seda escocesa,
Eludan, dilatorias como un plazo,
Tus gárrulas medias su fugaz sorpresa.

Al azar de amorcillos tutelares
Que agravan la penumbra de tu pestaña,
Anticipemos á la atónita campaña
Nuestra nupcial floración de azahares.
Mira cómo la luz transparenta
Sobre tibio alabastro tu esclavina;
Cómo ríe en tus dientes, cómo ilumina
Tus labios en sangre violenta;

Cómo se tamiza en polen de oro
Sobre tu piel de tuberosa,
Y á través del parasol sonoro
Te nimba con flámula victoriosa.
Cómo exalta, al unísono con la brisa,
Tus mejillas que aclara la sonrisa
Con su breve relámpago rosa.

La glorieta,
Dará á nuestra fatiga
Su frescura secreta,
Su soledad amiga
Que las penas mitiga
Cual romántica tisana á la violeta.
Franca
Como una rosa, inmolarás al fausto
De mi amor, entre una tibieza blanca,
Tus senos pintones en tímido holocausto.
Y te enseñaré la asunción del beso
Que bebe el alma en su invasora gula ;
El beso que se acidula
De anacrónicas lágrimas en su voraz progreso.

En tanto el sol puebla de espejismos las dunas,
Inflama esmaltes carmesíes,
Y en las rizadas lagunas
Amoneda sequíes.
Desvastador como
Una áurea fiebre, cae su rayo á plomo.
Esponjando la gola,
Sobre su *chalet* de una teja, el palomo
Bullente de arrullos gira y se tornasola.
Y aquel bochorno,
Cuyo sopor fantásticos ensueños encapricha,
Esparce tal beatitud en torno,
Que en una lasitud llena de dicha,
Sin un delirio,
Sin un anhelo,
Se siente uno bajo el cielo
Como una mosca en un lirio.

Bajo aquella espesura,
Que el albedrío tan suavemente anonada,
Diviniza tu mirada

En luz de lágrimas su sombría dulzura.
Vencida por la espesa
Noche de tus cabellos, con pensativo modo
Callas, y tu silencio dice todo
Lo que el murmullo de la mar no expresa.
Y mientras profundiza nuestro retiro
Su intimidad poética y remota,
Mi sér bienaventurado flota
En la inmensidad baladí de tu suspiro.

La pastoril capota
Yace junto á los guantes lacios ;
Y con malicias de lance ameno,
Tus volantes, á la cordura rehacios,
Corresponden á tu indomable seno.
Una nostalgia suave
Domina tu fiereza casi agreste ;
Tu cabeza, ya grave,
Se dobla llena de inmensidad celeste.
Y en tanto que el palomo halaga á su hembra
Con su damasquinada cota de pluma,

Hay una obscura conmoción de siembra
En el inefable estupor que te abruma.

El aire, más inerte,
Sofoca con sus mórbidas tibiezas,
Y la sed nos advierte
Que ha llegado la hora de las cerezas.
Tres reserva tu huerto que provoca
Con sus sombras de Líbano al grato desaliño.
Una ¡ay de mí! es tu boca,
De las otras dos sabe tu corpiño...

Reanudando así el divino juego
Con deliquios ingenuos, aunque sabios,
Vuelvo á tus brazos y otra vez me entrego
Á la dulce vendimia de tus labios.

CANTO DEL AMOR Y DE LA NOCHE

Esta noche de verano,
Que las potencias en su encanto abisma,
Bajo un cielo de pantalla y de sofisma,
Lograremos el ensueño anglicano
— *A midsummer night's dream* —
Al soplo cabalístico de un nocturno elohim.
Deja que mi boca,
Sobre tus labios ágiles se vuelva loca ;
Y que en perfidia de dulces lazos,
Cubriendo la desnudez de tus brazos

Tu cabellera á mi cuello se enrosque ;
Mientras elogia mi delicia suma,
Tu carne misteriosa como un bosque
En que el viento nocturno se perfuma.

La luna, histerizando celestes albores,
Aparece, estañada por la bruma,
Tras cipreses agudos como apagadores.
En esbozo harto zurdo,
Que transparenta monstruosos reveses,
Resbalan con desnivel absurdo
Aquella luna y aquellos cipreses.
Y la vislumbre tibia,
Sugiriendo congojas de almas crédulas,
Arde con una lúgubre lascivia
Cual pálido alcohol en nuestras médulas.

En renaciente paroxismo
Del amor á cuyo fuego centelleas,
Me inundan con tiránico magnetismo

Tus ojos inevitables como ideas.
Con alegría intrusa,
Vientos mortecinos
Traen en ráfaga inconclusa
El musical insomnio de los casinos.
Y entre un vago cantar de manola,
Y un opaco estallido de cerveza,
Lanza con valerosa franqueza
Su ebúrnea carcajada la carambola.

Una emoción extraña,
Que casi es predicción funesta,
Embarga nuestra lasitud, compuesta
De soledad, de amor y de champaña.
Bajo mi mano presta,
Un sobresalto de animalillo sedoso
Tu seno azora, y en abundancia de orquesta,
Tu corazón desborda, populoso
Como una metrópoli de fiesta.
Avida de amorosa sevicia,
Y extremando en demencias de cielo azul mi anhelo,

Tu carne aguza su delicia
Con felina electricidad de terciopelo.
La caricia
Cuenta en tus labios íntimas novelas;
Un vértigo de aromas agobia tu nuca,
Y en aura de perfume te revelas,
Cálida y fragante como una Moluca.

Entre los troncos que demacra su luz enteca,
La luna, trivial como un plato,
Esboza una divergente mueca.
Un vientecillo insensato,
Infligiendo á las ramas patibularios quiebros,
Resulta sobremanera grato
Á nuestros estallados cerebros. —
Y el amor se desvela martirizando un gato.

En la sonora tabla
De bronce de mi orgullo,
Tu ironía se endiabla.

Y el trémulo capullo
De tu seno gallardo,
Tiembla tan bellamente con la risa,
Que mi alma, á tu puerilidad sumisa,
Con secreto deleite sangra bajo tu dardo.

Mas las horas pasajeras,
Acortan tan triste plazo
Con nuevos delirios y nuevas quimeras.
Y el vértigo de mi abrazo,
Abisma tus caderas
Lánguidas y armoniosas como habaneras;
Tu garganta que alabaran los salterios,
Tus peligrosas ojeras
Y tu blancura conmovedora de imperios.
En el tálamo sombrío
Que abriga nuestras ansias desfallecientes,
El brillo carnicero de tus dientes
Me crispa con fatal escalofrío.
Y suavemente opreso
Por la dulce tiranía de tu boca,

En perfumada tibieza me sofoca
La ubicuidad de tu beso.

Una sutil melancolía,
Que forma la hez del sensual estrago,
Te inunda en la tristeza de su poesía,
Como la luna empalidece á un lago.
Y la vasta fatiga
De haber amado, compasiva y ciega,
Sobre mi pecho te doblega
Como la madurez á la espiga.
En tu seno que aun late
Con relieves violentos ;
En tus labios aun sangrientos —
Héroes del dulce combate ;
En tu blancura inerte,
En tus blondas íntimas cual nupciales retiros,
En tu silencio palpitante de suspiros,
En tu cabellera profunda como la muerte ;
Con virtud oportuna,
Que ampara la amorosa decadencia,

Flota la soñolencia

De tus párpados, como un ocaso de luna.

Á la misma

Hora, el astro, con amarillez de pena,

Sobrenaturalizando la escena,

Tras las capuchas del cipresal se abisma.

Á través de la noche serena,

Cuyo silencio encanta como arrullo insonoro,

Tiende la Vía Láctea su malla gigantesca,

Como una red á la pesca

De pececitos de oro.

Entreabierta contemplo,

En la yacente languidez de tu elegancia,

Tu boca llena de sombra y de fragancia

Como la nave incensada de un templo.

Y sobre tu hombro pulcro,

La huella de una caricia indiscreta,

Se amorata como una violeta

Sobre el mármol reciente de un sepulcro.

CANTO DE LA TARDE Y DE LA MUERTE

La grisácea superficie
Del mar, aun recuerda palideces de invierno.
Una lúgubre molicie,
Trunca la página memorial de tu cuaderno.
Golondrinas,
Sugieren con sus vuelos angustias de adioses,
Y las brisas iodadas y salinas
Llevan ecos de lúgubres toses.
Mi corazón, en hondos misereres,
Como una tecla herida canta su desventura,

Y sólo sabe que te mueres,
Que tienes frío y que eres pura.

Tu alma, pálida de belleza,
Ante el amor que la inunda en su albor divino,
Es taciturna como el destino
Y fiel como la tristeza.
En el alabastro terso
De tu carne, está infusa
Como la melodía en el verso ;
Y á la misma seda trivial de tu blusa
La llena de su aroma,
Como al plumón la suave vida de la paloma.

La tuya que adora y la mía que ama,
Compusieron en célebre suceso
La inmensidad efímera del beso —
Así dos rayos formando una sola llama.
Pensativa y clemente,
Tu óleo de nardo y tus cabellos me diste,

Y tu alma obscura fué sobre mi alma triste
Como una madreSelva sobre una fuente...

¡ Ah nuestras tardes de tibieza exquisita,
Ante la inmensidad remota,
Con tus sobrios encajes de señorita
Y tu débil aroma de margarita
En un sombrío hálito de creosota!...

Tardes rubias, de un estupor tan intenso,
En cuya quietud macilenta,
Se insinuaban caricias con la lenta
Impalpabilidad del incienso.

Tardes celestes con cisnes y carretelas,
Y herrumbre de otoño en las frondas algo ralas;
Tardes inocentes como acuarelas
Para primeros premios de colegialas.

Tardes solares perfumadas por los henos,
Cuyo vigor excesivo
Adoloría tus pobres senos.

Tardes de gris esquivo,
Que sobre la mansa arboleda,
Y llorando una lágrima en cada hoja,
Se disolvían con tanta congoja
En una lluvia apaciguante y queda.

Con desliz de furtiva seda,
Tu falda perfumaba el aposento ;
Y aquella palpitación de encajes,
Era el único movimiento
En la suntuosa lobretez de los cortinajes.

Con fatuo centelleo de lentejuelas,
Tus pies imperativos sobre la inmensa alfombra,
Lucían sus indolentes chinelas —
Y aquello era la única turbación de la sombra.

Bajo su íntima clausura,
Llama votiva en la penumbra sacra,
Tu vida derramó la luz futura
De un lirio celestial que se demacra.

En transfiguración postrera,
Anormalizáronse con vida exclusiva,
Tu inmensa cabellera
Y tus ojos que te devoraban viva —
Tus ojos de belladona y de quimera
Que dilataba la ojera
Cual quemadura de alma en tu tez sensitiva.

El aya dormitaba su *crochet* cotidiano
Con avizora estupidez de liebre,
Mientras tu vertiginosa mano
Me imploraba no sé qué dolor sobrehumano,
Ardida de castidad y de fiebre.

Á veces nos sumergíamos tanto

En la fúnebre obsesión que asedia
Á tu alma, pobre náufraga del llanto,
Que la alta noche llegó á agravar nuestro espanto
Con su silencio monumental de tragedia.

Y á cada paso,
En la ilusoria monstruosidad de un mueble,
En los tapices de marchito raso,
Sentíamos la inminencia del caso
Que hacía peligrar tu ser endeble.
Y con mudo desvarío,
En nuestra palidez interrogadora
Se erizaba el escalofrío
De la fatalidad, al sonar cada hora.

Lilas irreales se aguaban en el río.
Y el *Angelus*, sonando en la vislumbre,
Deploraba tan injustas agonías,
Que agobiada de certidumbre,
En mi hombro confidencial desfallecías.

Por el abismo claro
Del crepúsculo en éxtasis sobre los montes,
La vasta limpidez de los horizontes
Extremaba un inmenso desamparo.
Y aquel salón excesivamente tibio,
Y tus peinadores flácidos cual mortajas,
Te concedían por único alivio
Una anacrónica pompa de alhajas.
Perlas onerosas
Como odaliscas, en palideces sedosas
De lunas crepusculares ;
Diamantes de prez africana,
En incandescencia de lágrimas estelares
Propicias á tu diafanidad de porcelana.
Y perlas y diamantes,
En monótona sarta,
Compartían tus horas agonizantes
Con la intimidad del manguito de marta.
Ó lucían cruelmente en tu grácil cuello,
Con un obstinado designio de horca ;
Ó enconaba laceraciones su destello
En el circundante esplendor de la ajorca ;

Ó adornaban tus dedos con tal magnificencia,
Que á su tiránico influjo,
Las pobres manos padecían su opulencia
Fulguradas de bárbaro lujo.
Hasta que, comentando su ausencia,
Un día devastada por las dudas,
Con la solemnidad de una sentencia
Me presentaste tus manos desnudas.
Tus dedos fuselados como clavijas,
Que en ademán desolado y discreto,
Al no poder ya mantener las sortijas
Desmigajaban tu vida sin objeto...

OCASOS SALVAJES

Á Joaquín V. González.

LEÓN CAUTIVO

Grave en la decadencia de su prez soberana,
Sobrelleva la aleve clausura de las rejas,
Y en el ocio reumático de sus garras ya viejas
La ignominia de un sordo lumbago lo amilana.

Mas á veces el ímpetu de su sangre africana,
Repliega un arrogante fruncimiento de cejas,
Y entre el huracanado tumulto de guedejas
Ennoblece su rostro la vertical humana.

Es la hora en que hacia el vado, con nerviosas cautelas,
Desciende el azorado trote de las gacelas.
Bajo la tiranía de atávicos misterios,

La fiera siente un lúgubre influjo de destino,
Y en el oro nictálope de su ojo mortecino
Se hastía una magnánima desilusión de imperios.

EL CREPÚSCULO DE LOS CÓNDORES

Desde el peñón, la vista derramada á lo lejos,
Contempla, fantaseado por celajes bermejos,
Un agreste dominio de rocas y tallares.
La fronda que abre sólo paso á la res arisca,
Es numerosa como las aguas de los mares;
Y sobre los truncados bastiones de arenisca
Que el manantial salvaje con su arabesco labra,
Pace una hispida hierba tal cual nudosa cabra.
Enarbola el coriáceo nopal su brava penca
En el talud que eriza de cilicio la zarza ;

Y bajo la pantalla de bambú que lo engarza,
Cual ojo paralítico brilla un lago en su cuenca.

Más allá el sol, ya hundido, confunde en su agonía
Que orla de taciturno crespón los horizontes,
En palpitante caos las nubes y los montes —
Bajo una gigantesca luz de cosmogonía.

Con gracia casi lánguida, una emoción secreta
Conmueve aquel paisaje que el silencio completa
Como un alma. La tarde cuchichea un augurio
Con su brisa, en un escalofrío de mercurio,
Infundiendo á las cosas esa cordial molestia
Bajo la cual se agobia la cabizbaja bestia,
Y que espiritualiza tan extrañas congojas
En el desasosiego tímido de las hojas.

Por el cénit que ahonda la ilusion vespertina,
Flota un cóndor inmóvil, de vuelta á la morada,

Y en su silueta negra y aguda se imagina
El vibrante equilibrio de una aguja imantada.
Abajo, discerniendo los claros de la breña,
Mira los parapetos natales de su peña ;
El lago, el sol, la rampa donde se azora el corzo,
Y con breve aletazo que en instantáneo escorzo
De sol lo dora, á su ámbito montañés se aproxima.
Rozando, vuelta á vuelta, la hondonada y la cima,
En ebriedad de espacio su descenso posterga.
El viento zumba en su ala como en un alta verga ;
Su vuelo cruza en largos soslayos de navaja ;
Y cuando á breve trecho de su páramo baja,
Con la emoción sanguínea de un ímpetu bizarro
Vibra la cresta en su áspera cabeza de guijarro ;
Y una feroz codicia, que es paternal desvelo,
En la vívida gota de su ojo centellea.

Pronta á los habituales estímulos de cielo,
La prole, ya magnífica en su imperial ralea,
Ensayá los ineptos muñones, y su buche
Hace estallar en píos el énfasis de un hipo.

Del flojel que la afelpa con tibiezas de estuche,
Su lampiña cabeza surge en su extraño tipo
Que á una zurda ironía mezcla un altivo ceño.
La inexpugnable grieta que cobija su sueño,
Exhala un olor flavo, como un cubil felino.
Á la glacial frescura que acera el aire andino,
El hambre sanguinaria devora esos capullos
De fiera, que en airada confusion de murmullos,
Pregustan en las nubes torvas anatomías
De tegumentos cárdenos y cruencias bravías;
Y ante el sol agrupados sobre sus parapetos,
Le gesticulan mimos como si fueran nietos.

El crepúsculo, en tanto, gana las cumbres solas,
Proyectando á las nubes, en acuarelas tiernas,
Ese angélico rosa de las nieves eternas
Que conoce el heráldico armiño de las golas.

Forjando algún antiguo recuerdo cinegético
En desdeñosas dietas, un viejo buitro, hermético

Cual un coleóptero, alza su bloque monolito
Que arraiga en el peñasco la zarpa ahora inerme,
Y ante el flameado cielo diríase que duerme,
Abito de montaña y hastiado de infinito.
Corsario de la ráfaga, el cielo fué su lente,
Y las nubes su tálamo de luz, y el sol poniente
Que dilataba la inmensidad, su candelabro,
Á cuya luz suprema tendido el cuello glabro,
Mientras ya era de noche sobre toda llanura,
Prolongaba sus tardes á diez mil pies de altura.
En soledad huraña sobre su cordillera,
Un procelario anhelo lo asalta ante la hoguera
Del Ocaso, que en pólvoras de bermellón deflagra,
Y adobando de fuerza su carne bruna y magra,
Vuelve á su ser decrepito la pasión de la fiera.

El volador descende con crujidos de brusco
Abanico, muy cerca del ríspido pedrusco
Que el viejo cóndor tiene de pedestal. Su prole
Cuyo voraz insomnio coronaba la mole,
Bajo el paterno buche se agolpa, pía y bufa,

Y alzándose hasta el ampo de la viril corbata,
Hormiguean las negras cabecitas de trufa.
Mas sordo á su bravía tribu, el jóven pirata
Junto al sombrío abuelo pliega su doble foque.
Un sobresalto invade la inercia de aquel bloque;
Los cuellos se entrelazan, y sobre el hosco cerro
Cuya breña la noche con sus sombras intrinca,
Ante el sol que prolonga desolaciones de Inca —
Trábanse los dos picos en ósculo de hierro.

AVE MIA GRATIA PLENA

Abre la flor su tímido capullo
Á las temperies del ambiente amigo,
Y la tórtola agreste con su arrullo
Anuncia ya la madurez del trigo.

El paisaje, algo adusto en su atonía,
De nuestro grave amor forma el emblema ;
Los crepúsculos visten todavía
Un raso gris de distinción suprema.

Ese tono angustiosamente vago,
Ahonda una tristeza nada ingrata ;
El agua serenísima del lago,
Sensible como un cutis, se amorata.

Tras del sauzal desnudo que se encorva
Sobre ella, el cielo diáfano clarea
Su azul de frialdad un poco torva
Como las castidades de una fea.

Y la invernal beatitud se obstina
En dar, con su mutismo visionario,
Á tu aquiescente luto de sobrina,
Una solemnidad de aniversario.

Mas la otra tarde, á la hora en que se esconde
El sol, y como en vísperas de ausencia
Las manos se unen más, no sé de dónde
Nos llegó una floral evanescencia.

Elucidando tu ideal sin norma,
Su soplo, con tibiezas mortecinas,
Fué el invisible cuerpo que dió forma
Al flotante guipur de las cortinas.

En la umbrosa avenida que se aleja
Hacia quien sabe qué misterio eclógico,
Evocaste la clásica pareja
De algún amable Infierno psicológico.

Avanzaban los dos en la vislumbre,
Profundizando la íntima ternura
De tu piedad, con una certidumbre
Tan dulce de morir, que era ventura.

Y te dije — « te acuerdas ?... » Y tus ojos
Me dijeron — « te acuerdas ?... » Y un reproche
En que había más lástimas que enojos,
En nuestra alcoba anticipó la noche.

Te acuerdas ?... El salón vasto y seguro...
La estufa en que mermaban los tizones...
Lucían en el techo casi obscuro
Su anodino esplendor los artesones.

Bajo las rigideces laceradas
Del severo brocado en desaliño,
Con la espontaneidad de las granadas
Maduras, se entreabría tu corpiño.

Ó bien tus manos, para dar, calmantes
Como el silencio, su beleño ambiguo,
Mecían, torturadas de diamantes,
El alma de algún músico ya antiguo.

Y soñábamos góndolas discretas...
Ó en gárrulo sainete de amoríos,
Pompones, bandolines y caretas
Preludiando cortesés desafíos.

(La espada que á tu prez vidas tributa,
Y émula de Tizona y de Altaclara,
Vibra al acometer, fina y enjuta,
Su alegre desnudez que el sol aclara).

Ó decíamos versos lentamente...
Cual lánguida doncella que investiga
El dilema de amor correspondiente
En la flor que deshoja con fatiga.

El noble vino de tu amor me diste ;
Y en horas de abandono y de infortunio,
Si fué mi noche tu mirada triste,
Fué tu blancura astral mi plenilunio.

Por presagios insólitos opresos,
Sombreamos de dolor nuestra delicia ;
Y cuando ya el cansancio de los besos
Desazonaba la voraz caricia ;

En cadencia obsesora te nombraba,
Para seguir, con mis arbitrios sabios,
Besándote en tu nombre que pasaba
En miel diminutiva por mis labios.

Y no me amaste más ; en vano alcance
Perseguí tus quimeras, y aquel drama
Fué sencillo y veraz como el percance
De un vaso que rompe y se derrama.

Ese recuerdo, endecha de infinita
Tristura, ante las pálidas praderas
Que extasía la tarde, resucita
Con su remordimiento tus ojeras.

Tu faz se anega en lágrimas sencillas
Como los manantiales y el rocío;
Y el indulgente amor, en tus mejillas
Esclarece un crepúsculo tardío.

Sacuden su sopor viejas pasiones,
Como fieras magníficas y lerdas,
Y es la calma de nuestros corazones
Frágil silencio de estiradas cuerdas.

La noche, en la angustiosa lontananza,
Á su tocado azur prende una estrella ;
Tus manos, eficaces de esperanza,
Vacilan en rendirse á mi querella.

Y con la gran quietud, pone tu luto
Una inefable angustia en su poesía,
Porque en la indecisión de ese minuto
Pasa la eternidad, amada mía.

ROSAS DE TU SENDERO

Hay un sauce, una estrella y una ruina
Bajo el cielo otoñal que se amorata
Como un ajado lirio ; mas culmina
La media luna de una noche grata

En aquel estupor ; y por el quieto
Ambiente, fugan sedas de suspiros,
Y toma la palabra un són discreto
De minué desusado ; en sus retiros

Reposan los retóricos, reposan
No sin temor las pálidas esbeltas,
Porque hasta el ramo de sus senos osan
Las brisas de las ramblas y los deltas.

Acuerda nuestro amor su caramillo
Desde los lagos que su esquife surca,
Con la emoción pueril de un organillo
Que lanza á la ventura su mazurka.

Entre morenas del surah más rico,
Cuyas sonrisas rojas y corteses
Divagan al azar del abanico
En la celebridad de las kermeses ;

Y rubias hermanadas con diamelas,
Que en la caricia de oro de sus rizos
Diluyen populares acuarelas
En fondos de pic-nic y de carrizos,

Todo el imperio de tu ser versátil
Con irónico esplin se pavonea,
Y en tu dulzura cálida de dátíl
Me guardas la delicia de ser fea.

En tus pupilas su febril estrago
Deflagran estramonios criminales,
Y un cisne loco entreabre sobre el lago
Sus alas como sábanas nupciales.

Dedos de rosa ritman bailes sobre
El marfil de sublimes calaveras,
Y el címbalo en sus ósculos de cobre
Desordena el primor de las caderas.

En noble desnudez cuida tu traje,
Con señorial desdén de mi fortuna.
Pobre y enamorado como un paje,
Sólo tengo mis penas y la luna.

¿Te entusiasma el laurel de los autores?...
Por tí retoñará mi gajo yermo,
Y te enviaré un acróstico de flores,
De las flores porteñas de Palermo.

Jacinto, violeta y azalea,
Narciso y alelí dirán triunfales,
Tu nombre que la brisa cuchichea
En murmullo floral por los sauzales.

Y al juego de galantes estrategias
Que compliquen tus mimos de paloma,
Saborearemos agonías regias
Formadas de crepúsculo y de aroma.

EMOCIÓN ALDEANA

Nunca gocé ternura más extraña,
Que una tarde entre las manos prolijas
Del barbero de campaña —
Furtivo carbonario que tenía dos hijas.
Yo venía de la montaña
En mi claudicante jardinera,
Con timidez urbana y ebrio de primavera.

Aristas de mis parvas,
Tupían la fortaleza silvestre
De mi semestre
De barbas.
Recliné la cabeza
Sobre la fatigada almohadilla,
Con una plenitud sencilla

De docilidad y de limpieza ;
Y en ademán cristiano presenté la mejilla...

El desconchado espejo
Protegido por marchitos tules,
Absorbiendo el paisaje en su reflejo,
Era un óleo enorme de sol bermejo,
Praderas pálidas y cielos azules.
Y ante el mórbido gozo
De la tarde vibrada en pastorelas,
Flameaba como un soberbio trozo
Que glorificara un orgullo de escuelas.

La brocha, en tanto,
Nevaba su sedosa espuma
Con el encanto
De una caricia de pluma.
De algún redil cabrío, que en tibiezas amigas,
Aprontaba al rebaño su familiar sosiego,
Exhalaban un perfume labriego
De polen almizelado las boñigas.

Con sonora mordedura
Raía mi fértil mejilla la navaja,
Mientras sonriendo anécdotas en voz baja,
El liberal barbero me hablaba mal del cura.
Á la plática ajeno,
Preguntábale yo, superior y sereno,
(Bien que con cierta inquietud de celibato)
Por sus dos hijas, Filiberta y Antonia ;
Cuando de pronto deleitó mi olfato
Una ráfaga de agua de colonia.

Era la primogénita, doncella preclara,
Chisporroteada en pecas bajo rulos de cobre.
Mas en ese momento, con presteza avara,
Rociábame el maestro su vinagre á la cara,
En insípido aroma de pradera pobre.

Harto esponjada en sus percales,
La joven apareció, un tanto incierta,
Á pesar de las lisonjas locales.
Por la puerta,

Asomaron racimos de glicinas,
Y llegó de la huerta
Un maternal escándalo de gallinas.

Cuando, con fútil prisa,
Hacia la bella volví mi faz más grata,
Su púdico saludo respondió á mi sonrisa.
Y ante el sufragio de mi amor pirata,
Y la flamante lozanía de mis carrillos,
Ví abrirse enormemente sus ojos de gata,
Fritos en rubor como dos huevecillos.

Sobre el espejo, la tarde lila
Improvisaba un lánguido miraje,
En un ligero vértigo de agua tranquila.
Y aquella joven con su blanco traje
Al borde de esa visionaria cuenca,
Daba al fugaz paisaje
Un aire de antigua ingenuidad flamenca.



ÍNDICE

Prefacio	5
Cisnes negros	9
El buque.	17
La vejez de Anacreonte.	21
Hortvs deliciarvm	23
Los doce gozos.	27
Tentación	29
Paradisíaca.	31
El astro propicio.	33
Conjunción	35
Venus victa.	37
En color exótico.	39
El éxtasis.	41
Delectación morosa	43

Oceánida.	45
La alcoba solitaria.	47
Las manos entregadas.	49
Holocausto	51
Ramillete.	54
Amapola.	55
Tuberosa.	57
Camelia.	59
El solterón.	61
New Mown Hay	71
La coqueta	77
Romántica.	79
Endecha	89
Melancolía.	99
El pañuelo.	101
La sola	103
Á tus imperfecciones	109
Los cuatro amores de Dryops.	119
Historia de Phanión	122
Historia de Timo	125
Historia de Asclepias	128
Historia de Ianira	131
El mal inefable.	135
Aquel día.	141
Las loas de nuestra servidumbre	147
Canto de la vida y de la mañana.	149
Canto del amor y de la noche	156
Canto de la tarde y de la muerte.	163

Ocasos salvajes	171
León cautivo	173
El crepúsculo de los cóndores.	175
Ave mía gratia plena.	181
Rosas de tu sendero	189
Emoción aldeana	193

